

# De vida y cenizas

Matilde Ortega



# Capítulo 1

Capítulo 1: El inicio y el fin.

2 de enero, 23:47 p.m. Escuchaba "Me reparto en ti" de Dulce y Agraz mientras escribía lo más lindo que había escrito jamás, todo a mi ex, Isidora. Esto con la leve esperanza de recuperar su amor, ya que semanas antes había dicho que el amor estaba desapareciendo. Entre mi sentimiento de total desdén y desorden, se lo mandé. Su respuesta fue fulminante, fue rápida y tajante, como un corte recto al corazón. Pucha, Mati, debí haberte dicho esto antes, pero quiero terminar contigo- dijo ella, mientras mi corazón marchitaba con cada palabra leída. Ya está, es el fin- dije a mi subconsciente.

Pasaron unos días, fue la PSU 2020, ambos nos deseamos muy buena suerte, y con la ansiedad de la prueba, de mis emociones, no pude realizar la prueba de la manera esperada. Soy un fracaso- me repetía de forma feroz y seca. Las cosas estaban empeorando, y no sabía cómo mejorar. Presentía cercano mi final, total, ¿qué más quedaba?

Pasó una semana desde ese fatídico día, estaba en mi cama, acostado y viendo el celular a las 03:00 a.m., como ya era costumbre, cuando de repente veo en una historia a ella bailando con alguien. Sentí tanta angustia, que mi cuerpo se empezó a estremecer y empecé a pensar en el suicidio, ya que no me quedaba nada. Una familia disfuncional, una relación que no tuvo el fin esperado, ser un fracaso en la prueba para la que tanto había estudiado, ¿por qué habría de seguir con esto si ya todo estaba pactado para acabar? Agarré un corta cartón y procedí a hacerme cortes, los primeros tras 3 años sin haberlos hecho. Hablé con una amiga, Carolina, y me convenció para no acabar con mi vida, por lo que procedí a llamar a una línea contra el suicidio.

Un día después, llame al MINSAL para preguntar sobre cómo proceder con un tratamiento psiquiátrico. Todos los doctores que respondieron afirmaron bastantes veces que estaba pasando por un episodio depresivo severo, por lo que debía ir lo más rápido posible a un psiquiatra. Estaba viviendo en Talca en ese entonces, y el psiquiatra con la hora más cercana estaba a 20 días, por lo que volví a Santiago, con mi familia disfuncional, para tener una hora el miércoles 15. Me preparé mentalmente, empaqué mis cosas, mis recuerdos más queridos y emprendí el viaje.

El miércoles, por culpa de mi ansiedad y desconocimiento había agendado hora con psicóloga, pensando que ella sería quien me debería trasladar a una psiquiatra, cuando no es así. Hablé con ella, le conté todo lo que había ocurrido, de mi desesperanza y mis nulas ganas de seguir viviendo.

-Vamos a buscarte sobrecupo, rápido, necesitas psiquiatra con urgencia- dijo, mientras yo no lograba entender cómo es que en primer lugar tuve la fuerza para decirle todo lo que sentía.

-Pero no tengo plata, no podré pagarlo ahora, tendría que llamar a mi papá para que me mande plata a la cuenta RUT- Llamé a mi papá, muy desentendido y le dije.

-Papá. Son 15 lucas más, me pidieron sobrecupo para psiquiatra- esboqué con temor a su respuesta. Ya que no teníamos suficiente plata, recién era la quincena y a él no le pagaban hasta el día siguiente.

-Pero eso es mucha plata po', Mati- Dijo él con enfado- Ya, te las deposito al tiro.

Pagué el sobrecupo y esperé por una hora a que me llamaran. Yo no tenía ningún apuro, así que espere pacientemente al psiquiatra. Me llamó, entré al box y me preguntó lo típico, ¿cómo te sientes? ¿cómo va tu vida? ¿por qué pasó esto?

-Mira, te voy a dejar una receta, vas a tomar escitalopram y zopiclona, tienes que empezar a tomarlas desde hoy, y si no puedes hoy, como máximo mañana.

- ¿Qué pasa si no tengo plata para pagarlas mañana?- pregunté con temor a un reto de parte de él.

-Mira, tengo unas cuantas muestras que te podría entregar, déjame buscarlas.

Salí de la consulta con muchas cajas de pastillas, y así fue como empecé mi tratamiento psiquiátrico. Aparte de la receta, me entregó un papel para entrar al GES y dejar que mi Isapre pague mi tratamiento.

Pasó la primera noche con la pastilla para dormir, en cuanto me la tomé, empecé a sentir mareos, empecé a sentir que el mundo se me venía encima, hasta que lo sentí, sentí el chispazo. Estaba en una canoa vikinga, antigua, con muchos vikingos mirándome y tirando flechas a lo que parecía ser yo, ya muerto. A la noche siguiente ya no estaban los vikingos, pero sí había un gran punto rojo iluminado creciendo más y más, a la par que me iba quedando dormido. Fueron increíbles ambas experiencias, más que nada por el cansancio que tenía, ya que por mi depresión y psicosis (la cual en su momento no sabía que la tenía) sólo llegaba a dormir como máximo 3 horas diarias. Era cosa de cerrar los ojos y pensar "te odio, por qué naciste".

Fuimos a mi Isapre, que quedaba en el mall Plaza Egaña. Nos tardamos aproximadamente 5 minutos en iniciar mi canasta, por lo que pude

“comprar” los fármacos pronto. Eso sí, nos dijeron que teníamos que ir a una psiquiatra del prestador ese mismo día, para validar mi estado psiquiátrico. Genial, a esperar unas horas más, me dije a mí mismo (suelo hablar conmigo, más de lo normal).

Llegamos a mi prestador a eso de las 13:00 p.m., y estuvimos esperando por más de una hora, creo que hasta dos. Era una sala pequeña, con muchos boxes, con mucho espacio libre, hartas sillas y dos personas atendiendo. Muy parecido a la sala donde tuve psicóloga y psiquiatra.

-Matías Ortega- gritó la psiquiatra.

Me levanté de mi asiento, fui camino a la psiquiatra y le pregunté si debía entrar con mi mamá, a lo cual ella respondió que no.

En ese entonces no me había percatado, pero ¿será posible que me dejen internado? Tenía mucho temor, mucho miedo y angustia por esto, pero sólo pensé: filo, será lo que tenga que pasar.

-Cuéntame, qué pasa- dijo ella, con un aire total de profesionalidad.

-Cada día siento que mi vida no tiene sentido, me costaba quedarme dormido antes de las pastillas- conté, con total temor.

-¿Has visto algo recientemente?

-Sí, antes de quedarme dormido me sentí como en una canoa y veía vikingos, la noche después de eso, vi muchos puntos rojos acercándose y me quedaba dormido.

-¿Te ha pasado algo negativo recientemente?

-Sí, me hicieron bullying por un par de años y cuando era chico viví en una familia muy disfuncional, y eso aún me pesa.

Me preguntó varias cosas similares, sobre mi estado de ánimo, mi familia, cómo estábamos de plata, por qué internaron a mi hermano, el historial depresivo de mi familia, entre otros.

-Matías, ¿sabes cómo funcionan las internaciones?

-Sí, lo sé- dije ya resignado.

-Mira, tienes la posibilidad de internarte, esto depende totalmente de ti, pero el proceso será más rápido si lo hacemos así.

-Está bien, me voy a internar...- dije, tras haber pensado bastante tiempo

mi decisión.

-Bueno, hagamos pasar a tu mamá, o mejor, cambiemos de sala.

Nos cambiamos de sala, supongo que a una donde se ve todo el papeleo para las internaciones y demás cosas. Recuerdo la sala con exactitud, color verde, 2 sillas de plástico, una de cuero en el costado derecho y una mesa para escribir. Pasé, y luego pasó mi mamá, la doctora le explicó que me iban a internar y pasó un hombre, redondeaba los 30 años, y me pasó papeles que debíamos firmar ambos.

Nos fuimos del prestador y fuimos camino a la casa, estaba muy preocupado y con mucha pena. No quería internarme y perder todo lo que había obtenido.

Pasó una semana, me dijeron que el lunes de esa semana me internarían, y para pasar las penas fui donde mi mejor amigo, a pasar los malos pensamientos. Hablé con la "tía" Claudia, su mamá, le conté mis miedos, cómo pensaba que lo iba a pasar y ella me echó ánimo. Me dijo que las cosas podrían ser difíciles, pero que siempre hay que mirar con la frente bien en alto todo. Después de la conversación salí a fumar unos tabacos con el Nacho (en ese entonces no tenía adicción a la nicotina, ni fumaba todo el rato), mi mejor amigo, mi otra pierna, mi isopo, mi pana. Fumamos mientras escuchábamos música de ambos, como solíamos hacer cada vez que nos veíamos, pero esa vez me dijo algo muy lindo y lo cual nunca olvidaré.

-A veces la vida es una mierda, pero por lo menos tienes la posibilidad de recuperarte, de ser mejor que el día de ayer, hueón, tu podí' con todo lo que se venga. Te conozco desde pequeños, Mati, desde antes de que nacieras incluso, eres una persona muy inteligente y por eso siempre te pregunto cosas y me quedo con eso a pesar de lo que digan los demás- dijo él mientras tomaba una bocanada del tabaco.

Llegué a mi casa tras haber estado con el Nacho, fui a dormir, ya no tenía psicosis, ni sueños raros, podía dormir con tranquilidad. Al día siguiente me quedé con mis padres, no estaban ni mis hermanas, ni mi hermano, éramos sólo yo, mis papás y mis perritas, mis alegrías.

-¿Qué quieres comer? Mañana te internan- dijo mi padre con un tono esperanzador.

-Pizza, donde siempre compramos, del almacén de pizzas (una pizzeria que queda donde viví en ese momento).

Comimos e hicimos sobremesa durante un largo rato, conversamos sobre mis temores, porque, para serles sincero, estaba demasiado aterrado y con mucho miedo, no dejaba de tiritar mientras pensaba en la internación

y comía pizza. Estaba en total desilusión, y estaba desesperanzado, no sabía de qué serviría, si mi hermano me dijo que no le daba frutos, pero, en fin, terminamos de comer y cada uno se fue a dormir (yo, claramente con mi pastilla para dormir).

Llegó el día tan (poco) soñado, llegamos a las 11 al lugar, y era una casa, una casa chica. No me gustaba para nada, era un lugar muy fúnebre, muy triste, incluso para mí. No había nadie de mi edad, lo más cercano era un chico que tenía 28, por lo que optamos por rechazar esa hospitalización.

Pasé todo el día siguiente desmotivado, pensando que todas las internaciones serían iguales, que todas serían en un lugar cerrado, y fúnebres, hasta que me llamaron a mi celular.

-Hola, ¿habló con Matías Ortega o algún familiar de él?

-Hola, sí, habla con Matías Ortega- Estaba sólo en la casa, por lo que no podía pasarle la llamada a mi mamá, ya que ella manejaba todo en ese momento-.

-Perfecto, llamo para avisar que tenemos hora para mañana a las 9 de la mañana en la Clínica del Carmen.

-Yap, confirmo la asistencia- Mierda-. Muchas Gracias.

-Gracias a ti.

Colgó, mis emociones estaban a mil por hora, pero dentro de todo mi ser, lo que más sentía era ansiedad. Quién diría que esa clínica llegó a ser mi salvación.

## Capítulo 2

### Capítulo 2: Nacimiento e infancia

Nací el 2 de diciembre del año 2000, aproximadamente a las 3 de la tarde, en un hospital ubicado en la comuna de San Miguel, ¿por qué ahí? No tengo ni la menor idea, si yo vivía en ese entonces en La Florida. Nací en una familia pequeña, que fue creciendo con el pasar de los años. Quienes estábamos en ese entonces éramos mi papá, Rodrigo, mi mamá Mabel y mi hermano Simón.

Cuando nací era una bolita arrugada y fea, con ojos color cafés, pelo color miel y que lloraba, comía y cagaba casi todo el tiempo, lo que mantengo hasta el día de hoy son, mis ojos, mis hábitos y la fealdad. Eso sí, lo que también mantengo desde que soy un bebé es a mi mejor amigo, el cual conozco desde que nací. Él es una de las primeras cosas que vi, y mi primer amigo, y hasta el día de hoy, el mejor de todos.

Nací casi en cuna de oro, ya que mi papá tenía muy buen cargo en Terra y ganaba mucha plata, gracias a eso pudimos mudarnos e irnos al Condominio Parque Atahualpa.

He escuchado muchas historias de mi hermano sobre que íbamos todo el tiempo a comer, y tengo recuerdos donde siempre íbamos, cada fin de semana al Mamut del Mall Plaza Vespucio a comer, lo que era simplemente hermoso a mis cortos años, pero no todo eran risas y comida, había algo más, algo que hasta el día de hoy me sigue lastimando de manera brutal, y es que, en mi casa, había mucha violencia interfamiliar, lo cual prosiguió durante muchos años. No eran sólo gritos y humillación, también eran golpes, agresiones, daño psicológico por donde se viera y mucha adrenalina y temor corriendo por mis venas constantemente. No era sólo entre mis padres, era entre todos.

Tenía 4 años en junio, cuando nació mi hermana que comparte el espacio de "al medio" conmigo, la Josefa. En ese entonces las cosas seguían yendo bien monetariamente hablando, seguíamos yendo al Mamut y seguíamos comprando cosas innecesarias, como cámaras y demás cosas. No recuerdo el día exacto, pero ese día, nació la primera razón para superar mis luchas y guerras.

Cuando era pequeño, y tenía alrededor de 5 años, tenía una pequeña hámster llamada Lulú, la cual era mi mejor amiga, a pesar de ser un animal, la amaba con mi vida y era parte de mi ser. Una vez que se fue, mi vida perdió el rumbo de forma drástica, porque no tenía a quién contarle mis problemas, ni en quien esconderme ante las adversidades. Sin embargo, a pesar de la tristeza, jamás me desmotivé y seguí haciendo lo que me encantaba, que era jugar a que estaba en el mundo de

Pokémon junto a mi mejor amigo, el Nacho. En este entonces ya había conocido y hecho más amigos, que, hasta el día de hoy, siguen en mi vida, y a los cuales atesoro mucho. Alexander, Felipe y Camila. Al Felipe lo conocí cuando íbamos en el jardín, teníamos la misma edad, pero él iba un curso más arriba que yo, lo que nunca entendí, pero, en fin, ahí nos hicimos muy buenos amigos y pasábamos jugando y molestándonos. A medida que fui creciendo, dejamos de hablar, hasta que algo ocurrió. Con el Alex nos conocimos en el condominio a los 6 años, aproximadamente. No nos caíamos bien, principalmente porque él amaba Naruto a morir, y yo, simplemente era más fan de Pokémon, pero aun así me gustaba Naruto. Un día, estábamos con un grupo de amigos, que eran comunes a él, todos se tuvieron que ir, menos nosotros, así que nos quedamos charlando y le conté una mentira, la cual él me respondió con una similar.

-No, si cuando yo iba a nacer, a mí me iban a poner Sasuke, pero mi mamá dijo "Sassss-Matías, Matías mejor"-le conté mientras reía.

-Noooo, ¿en serio? Yo me llamo Alexander Naruto-dijo él con un tono de seriedad.

-Noooo, no te creo.

Y así fue como terminamos siendo grandes amigos. Aún no recuerdo cómo nos conocimos con la Cami, pero estoy seguro de que fue cuando teníamos 5 años, no tengo muchos recuerdos nuestros de la infancia, más que la memoria de que estuvo con el Felipe a eso de los 9 años, y yo moría de celos porque estaba "locamente enamorado" de ella.

A los 6 años, en Julio nació mi segunda razón para seguir creciendo y luchando, Florencia, la hermana menor de la familia, o, mejor dicho, la consentida de la familia. Quizás en este punto, se pregunten, ¿por qué son tus razones de seguir creciendo, de seguir luchando? Pues fácil. Cuando mis padres se empecinaban en pelear, en gritarse, en romper cosas, yo era quien asumía la labor de estar para ellas, quizás no lo noten, y quizás nunca lleguen a notarlo, pero siempre estuve cuando ellas lo necesitaban, a pesar, de ser yo también en parte sus agresores por las conductas que ya tenía aprendidas por culpa de mis padres. Siempre iba a su cuarto, mientras ellas lloraban y les preguntaba qué querían para comer, si querían una leche caliente o un pan, a lo que ellas me respondían que sí, o que no. E independiente de sus respuestas, yo me quedaba con ellas a acompañarlas y a decirles que todo eso sería momentáneo, que en algún momento se iría a detener.

9 años tenía cuando me regalaron la Nintendo DS con la R4, un cartucho por el cual se pueden descargar juegos desde el computador e implantarlos en la memoria SD del cartucho. Claramente yo tenía todos los Pokémon que habían salido para ese entonces en la Nintendo DS, y mi mejor amigo, el Nacho, tenía el Pokémon Diamante, así que opté por

enfocarme netamente en el Pokémon Perla, para ser su adversario. Cada cierto tiempo nos juntábamos a jugar, y combatíamos con nuestros Pokémon. No era novedad que yo ganara siempre, si le dedicaba más horas a jugar que a vivir. Todo esto culminó cuando el Nacho se tuvo que ir del Condominio Parque Atahualpa y se debió mudar a Ñuñoa con sus padres.

Tenía 12 años cuando pasó todo esto. En el colegio tenía compañeros que me hacían bullying de forma constante, decían que mi mamá era una "puta", que era un bastardo, que nadie me quería y crecí con inseguridades por culpa de ellos. Para mi fortuna, en sexto básico, terminé repitiendo, por Matemáticas, Artes visuales y Tecnología, y la verdad es que, estaba tan deprimido en ese entonces, que no me nacía hacer cosas, lo que el colegio no entendió, y mis padres tampoco. Sólo decían que tenía que pegarles, cosa que yo encontraba que estaba mal, ya que era muy partidario de que jamás se debe usar la fuerza bruta para golpear, ni agredir a nadie. En el nuevo sexto básico, conocí a muchos amigos, los cuales, son amigos hoy en día, a pesar de las ocurrencias y las circunstancias que acongojaron ambas vidas. Una de las personas a las cuales más destaco de este entonces es a la Cony, excompañera y expareja. Cuando llegué al curso, me cautivaron sus ojos y su forma de ser, por lo que me acerqué a ella e intenté ser amigo suyo, lo que tuvo bastante éxito. Pololeamos durante unos meses y dejamos de hablar, porque conseguí otra pareja, y nos enojamos por esto.